

(Escrito en abril 1998 para la columna de opinión de *La Nación*, que no lo publicó.)

El libro como mercancía

por Pablo Ingberg

La inauguración de la Feria del Libro, que aumenta durante unos días la atención que se presta tanto al objeto que da nombre al evento, el libro, como a la industria y el comercio que giran a su alrededor, brinda una buena excusa para algunas reflexiones generales acerca de esos dos temas en la actual coyuntura.

Quienes están ligados de algún modo al mundo de las letras, y no sólo ellos, utilizan generalmente la palabra libro para referirse a las obras literarias. Sin embargo, esa misma palabra designa también a un diccionario, una guía turística, un tratado de anatomía o de derecho, un manual escolar. Semejante heterogeneidad es una de las peculiaridades del libro en tanto mercancía, cosa mueble objeto de compraventa. Según se desprende de los registros del ISBN llevados por la Cámara del Libro, las obras literarias editadas en Argentina en los últimos cinco años, aun siendo el rubro proporcionalmente más significativo, sólo representan alrededor del 30 % del total de títulos publicados.

Incluso dentro de las obras literarias hay una gran heterogeneidad, no sólo por la diversidad de géneros o de calidades sino también desde el punto de vista del negocio editorial. El valor de una obra de arte no lo decide la inmediatez de una cifra de ventas sino el paso del tiempo. En consecuencia, muchos libros muy vendidos ni bien se publicaron pasaron pronto al olvido, y tantos otros rechazados o poco vendidos en su momento siguieron vendiéndose (y leyéndose) a lo largo de décadas o siglos. Los hay, pues, de mucha venta pero sólo en el corto plazo, y de venta austera pero sostenida en el tiempo, pasando por los matices intermedios.

Lo mismo puede darse con el resto de los libros, esto es, los no literarios (aunque semejante agrupación por la negativa encierra las materias más diversas). Con todo, buena parte de esas obras suele ser relativamente perecedera desde sus mismos objetivos. Así un horóscopo anual que caduca con su año, la enciclopedia o la recopilación de jurisprudencia que requieren actualización periódica, la investigación periodística de un tema hoy candente y mañana olvidado, el manual que debe adaptarse a cambios en programas de estudio. Pero hay también en este grupo obras que no pierden vigencia con el tiempo.

En suma, más allá de la heterogeneidad en los contenidos de los distintos tipos de libros, también existe heterogeneidad en su comportamiento comercial, y eso abre diversos planteos en los negocios del ramo.

Paradojas de la industria editorial

El mundo editorial viene sufriendo en los últimos años una serie de cambios que no escapan a las generales de la industria. Lejos estamos de los tiempos en que la Argentina era el mayor productor de libros del mundo hispano, pero se observa una cierta recuperación. Así, grandes editoriales internacionales han desembarcado, con su propio nombre o adquiriendo parte en uno preexistente. Lo mismo han hecho grandes grupos económicos ligados al negocio de los medios de información. Además de las grandes casas que lideran las ventas, sobrevive en el sector un buen número de “pymes”, con las más variadas características y modos de operar. En 1997 fueron 1590 las editoriales que registraron en el ISBN, 20 % más que el año anterior. La producción, excepto una recaída breve y pequeña luego del “efecto tequila”, viene incrementándose de año en

año. En 1997 se registró un 20 % más de títulos que el año precedente. También ha crecido la participación de talleres gráficos nacionales: del 59 % en 1994 al 86 % en 1997.

En ese contexto, ciertos parámetros de la “economía de mercado” van teniendo cada vez mayor incidencia en la industria editorial, cuyas particularidades pueden dar lugar a algunas paradojas. Si antes otorgaba un aura de prestigio contar en el catálogo con títulos meritorios, de poca venta inmediata pero sostenida en el tiempo, hoy ese tipo de producción significa un retorno de la inversión demasiado lento, una inmovilización de capital, una acumulación de *stocks* con improductivos costos de almacenamiento. Un solo y notable ejemplo: inténtese conseguir en librerías de Buenos Aires un ejemplar de *Tres tristes tigres*, del último (y pocas veces tan merecido) premio Cervantes, Guillermo Cabrera Infante, novela importantísima en la narrativa castellana a partir de los '60 y que no ha perdido vigencia. En cambio, libros muchísimo menos valiosos, que se publican, venden y olvidan rápido, optimizan el uso de los recursos económicos y brindan, ya que no mayor prestigio, mejores dividendos.

Es indudable que a veces la cantidad, una buena cifra de ventas, coincide con una buena calidad intrínseca del libro, pero también lo es que con la mayor frecuencia sucede lo contrario. Basta con tomar una lista de *bestsellers* de diez años atrás y preguntar de cuántos de esos títulos hay alguien que se acuerde.

Llevada a extremos la competencia de mercado, no sólo dentro del mismo rubro sino también frente al costo de oportunidad por no invertir en otros negocios, la industria editorial corre el riesgo de desentenderse cada vez más del aspecto cultural que forma parte de sus funciones.

Y a propósito de la Feria del Libro, cuyo público también se ha incrementado en los últimos años: más importante que las estadísticas de asistencia sería que ese público comprara libros; más aún, que comprara buenos libros, y, sobre todo, que después los leyera.

Fuente: Datos de producción editorial tomados de las estadísticas del ISBN realizadas por la Cámara Argentina del Libro. Agradezco a su Gerente, Sr. R. Lighttowler, el habérmelos facilitado.